

# «Las flores del mal» no se marchitan

El poemario fundamental de Baudelaire cumple 150 años

**Las drogas, la pobreza, su relación con prostitutas, los asuntos comprometidos marcaron al escritor moderno por antonomasia.**

**Toni Montesinos**

MADRID- Charles Baudelaire dio un impulso a los temas literarios más sórdidos e inconfesables, y lo hizo con una actitud desafiante; por «Las flores del mal» (1857) sería procesado por, literalmente, «ofensas a la moral pública y las buenas costumbres», algo parecido a lo que tuvo que sufrir Gustave Flaubert con su «Madame Bovary». La sociedad francesa, europea, decimonónica, conservadora, pudorosa e hipócrita, vio con asombro cómo una serie de escritores antisociales, marginales, que se movían por los círculos más bohemios y degradantes, se drogaban y bebían, se embriagaban del licor de la poesía y cometían el pecado de la gula artística.

Sus nombres: Gérard de Nerval, Theophile Gautier, Arthur Rimbaud, Verlaine... y el pionero de la estética

**«Él y tantos otros son los poetas malditos, los que la sociedad evita y vitupera»**

**«Lo suyo fue el decadentismo, un modo de vida que aspiró a lo bello, a lo libre»**

simbolista, el que rebasó las fronteras de lo permitido y puso las bases para que el poeta, ese sujeto improductivo y extraño, tuviera la iniciativa de una libertad creadora de la que nunca antes había disfrutado. Y es que, en muchos casos, vida atormentada y obra polémica van de la mano: su alter ego americano, Edgar Allan Poe, al cual Baudelaire tradujo al francés, murió borracho y harapiento. Baudelaire, y tantos otros que la historia de la literatura ha olvidado, hicieron lo mismo: son los poetas malditos, los que la sociedad evita y vitupera.

Baudelaire es el icono de la modernidad, dice Octavio Paz, pues no en vano la crítica marca un antes y un después de él: tras la literatura romántica, estéticamente delicada y lánguida, el simbolismo irrumpe como una manera nueva de afrontar la vida y las letras: Baudelaire, tras el juicio, tuvo que retirar seis poemas

Uno de los dibujos de Louis Joos incluidos en la nueva edición-homenaje de la obra, editada por Nórdica Libros



Libro difícil, como cualquiera que se deba a lo simbólico, «Las flores del mal» es un poemario inagotable por eso mismo: «Desciende, río invisible», dice en un poema, y ese río puede ser tantas cosas que cada generación de lectores le pondrá un nombre. La dirección convencional de un hombre de su época no le valió a Baudelaire, que se retiró de la universidad de Derecho para pasear por el Barrio Latino parisiense, acudir a prostíbulos, exhibirse con una mulata o convivir con Sarah,

de «Las flores del mal» y pagar 300 francos de multa, tal era la obsesión por el jurado, al que el propio escritor comparó con una prostituta con la que había ido a un museo y que se escandalizaba al ver desnudos.

## **Descarnada y sin tapujos**

Esa hipocresía, de la que el arte es ajeno, le hizo enfrentarse a un mundo que no era el suyo, pues esas flores malignas constituyen una genial avanzadilla de la literatura libre, descarnada y sin tapujos que se desarrollará en todo el siglo XX, sobre todo con las vanguardias de los años veinte.

Incontables los escritores que han bebido de Baudelaire: qué poeta no le debe su fina descripción de un albatros, de una ramera, de una mujer que el sujeto poético ve un instante, enamorado, sabiendo que nunca más podrá volver a verla.

la prostituta que le pegó la sífilis, al parecer, y a la que llamaba, con un dejo de crueldad, «la bizca». Lo suyo fue el decadentismo, un modo de vida que aspiraba a lo espiritual, a lo bello, a lo libre. Y en medio de todo ello, o ayudado de ello, «Los paraísos artificiales», como se titula una de sus obras, es decir, el consumo de toda clase de drogas, y la revolución extraordinaria de un género poco frecuente: el poema en prosa. Porque si «Las flores del mal» es una de las obras capitales para la evolución de la literatura universal, tanto se ha de decir de «Los pequeños poemas en prosa» o «Spleen de París» (1869), donde el poeta se reafirma, en ese esplín, en ese tedio tan característico de ciertos autores de finales del siglo XIX, en la necesidad de embriagarse, de poesía, de virtud, o de vino, pero de embriagarse en cualquier caso.